

MIGRACIÓN INTERNA

Comportamiento de los migrantes entre 1960 y 1995

Rodolfo Corona Vázquez*

Los principales rasgos de las migraciones internas han sido sistemáticamente expuestas en el o los artículos sobre la temática incluidos en cada número de *Demos*. En el presente trabajo se continúa con el análisis de algunas características de los migrantes y los cambios que éstos tienen con el paso del tiempo, a fin de encontrar señalamientos sobre las implicaciones del fenómeno. Para cubrir todo el territorio nacional, abarcar un periodo amplio y estructurar indicadores comparables, se emplearon dos archivos de datos a nivel registro: uno es la muestra del 1% de boletas del Censo de Población de 1960, y el otro la encuesta asociada al Censo de Población de 1995. Esto restringe la conceptualización del fenómeno a las definiciones usadas en esos levantamientos, que identificaron a los *migrantes internos* como las personas que cambiaron al menos una vez de entidad de residencia. Además, se estructuró el subgrupo de los *migrantes recientes*, que son quienes efectuaron su cambio de domicilio durante los cinco años previos a las fechas censales.

Lo primero que salta a la vista es el notable incremento de la migración interestatal, pues cada vez es mayor la cantidad de migrantes y más elevada la proporción de ellos con respecto a la población total: de 1960 a 1995 el número de personas que habían migrado pasó de 4.365 a 19.485 millones, y representaban correspondientemente el 12.5 y el 22.0% de todos los residentes del país. Para observar el perfil de edades que tienen las personas cuando realizan su desplazamiento, el concepto de *migrantes recientes* resulta apropiado porque al incluir las migraciones ocurridas durante cinco años representa una aproximación del flujo de personas

cuando cambian su entidad de residencia. Con los datos correspondientes, y en relación a los no migrantes o al total de la población, los migrantes interestatales recientes (de ambos quinquenios de referencia) muestran una estructura por edades recargada hacia las edades iniciales de la vida económicamente activa y de la vida reproductiva, en detrimento sobre todo de niños pequeños. Por ejemplo, a escala del país en su conjunto, los porcentajes de personas con 15 a 54 años de edad ascendieron a 58.5% entre los migrantes del lustro

1955-60 y a 65.2% entre los migrantes del quinquenio 1990-95, que son valores superiores a las proporciones de población no migrante en esas mismas edades: 44.6% en 1950 y 50.4% en 1995. En cambio, la cantidad relativa de niños menores de cinco años es inferior entre los migrantes (7.5% de los que migraron en 1990-95 frente a 14.7% de la población no migrante en 1990). Esta concentración en edades medias refleja la elevada presencia de trabajadores entre los migrantes, y permite suponer que buena parte de las migraciones son efectuadas por personas solas o parejas recién formadas; por otro lado, las proporciones de niños, aunque menores, muestran que también hay migrantes que realizan su cambio de domicilio acompañados de sus hijos pequeños. Además, las distribuciones por edades de todos los migrantes muestran una ligera modificación al pasar los años, agudizando el perfil de convergencia hacia las edades intermedias (el porcentaje de migrantes de 25 a 54 años se incrementó de 45.3% en 1960 a 52.1% en 1995). Esta modificación parece mostrar, en los migrantes, el proceso de envejecimiento de toda la población del país en el mismo periodo, pues también entre los que no migraron se aprecia un aumento de la proporción que adquiere el grupo de edades 25 a 54 años: de 26.1% en 1960 a 28.3% en 1995.

En relación con la distribución por género, la migración interestatal permanente muestra globalmente un ligero predominio numérico de las mujeres y una tendencia al equilibrio con el paso de los años: el índice de masculinidad de los migrantes recientes de 1955-60 tomó el valor de 92 hombres por cada 100 mujeres, y para los que migraron en el lustro 1990-95 este indicador se elevó a 97 varones por cada 100 mujeres. Al revisar conjuntamente edad y



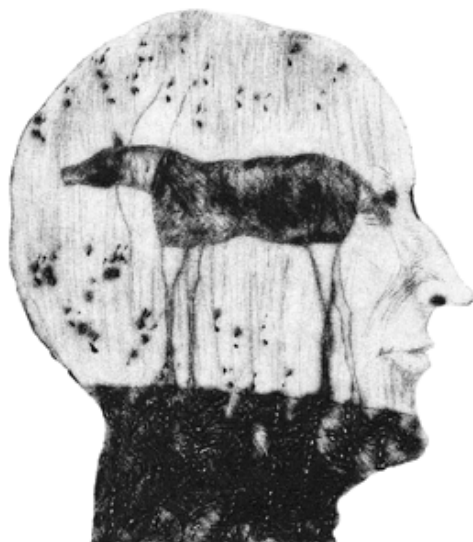
* El Colegio de la Frontera Norte.

género se advierte que a lo largo de todas las edades la composición por sexo muestra algunas diferencias. En los tramos inicial y final de la vida se aprecian (como para la población total) las variaciones que obedecen al comportamiento diferencial por género de la mortalidad y la natalidad (cantidad un poco mayor de niños que de niñas, y cifras superiores y crecientes de mujeres con respecto a los varones a partir de los 55 años). En cambio, de los 15 a los 54 años de edad se presentan dos disposiciones que parecen ser rasgos propios de los flujos migratorios permanentes. Por una parte, y durante todo el periodo, cantidades más elevadas de mujeres entre los 15 y los 24 años (alrededor de 78 varones de esas edades por cada 100 mujeres entre los migrantes recientes de 1955-60 y de 1990-95). Por otra parte, en las edades 25 a 54 años el flujo migratorio manifiesta una creciente superioridad numérica de los varones, de forma más notoria en las edades 35 a 54 años (por ejemplo, en 1995 y entre los migrantes del lustro previo, el índice de masculinidad del grupo 35 a 54 años de edad alcanzó la cifra de 123 hombres por cada 100 mujeres). Ambos datos estarían manifestando las distintas edades que tienen los hombres y las mujeres al desarrollar algunas actividades y jugar algunos papeles relacionados con las migraciones, como el trabajo doméstico y otras actividades en el sector servicios de las grandes ciudades, que se orientan a ser cubiertos por mujeres muy jóvenes oriundas de pequeñas localidades.

Para distinguir con más claridad los rasgos socioeconómicos de los migrantes, en lo que sigue únicamente se hace referencia a un subconjunto de los migrantes interestatales, el constituido por los que tenían de 25 a 54 años de edad en 1960 y en 1995. Este grupo de edades, que deja de lado a los niños y a la población envejecida, comprendía 1.979 millones de migrantes en 1960 y 10.149 millones en 1995, y representan, de todos los migrantes, 45.3 y 52.1% en 1960 y 1995. Para los migrantes recientes de 1955-60 y de 1990-95, en estas edades de 25 a 54 años se encuentran respectivamente 570 mil y 2.405 millones de personas.

La información censal no permite identificar si eran rurales o urbanos los sitios de origen de los migrantes. En cambio, las localidades de destino, que son aquellas donde viven los migrantes cuando se realizan los censos, son ubicadas con

precisión y pueden agruparse según el número de sus habitantes como una forma de observar su grado de urbanización. Estos datos muestran que el destino de los migrantes ha evolucionado del campo hacia las ciudades, pues de 1960 a 1995 el porcentaje de migrantes (de 25 a 54 años de edad) que vivían en localidades con menos de 2 500 habitantes disminuyó de 45 a sólo 12%. De igual forma y en relación al mismo grupo de edades, la información señala que en sentido e intensidad esta transformación es similar al proceso de urbanización del país, lo que manifiesta la inseparable relación directa entre uno y otro comportamiento. Así, en las áreas rurales y en las ciudades mayores se mantienen prácticamente invariables las distribuciones de sus residentes según condición migratoria: por ejemplo, en 1960 y en 1995 las proporciones correspondientes de in-



migrantes ascendieron a 14 y 17% (respecto a toda la población de iguales edades) en las localidades con menos de 2 500 habitantes, y a 42% en 1960 y 44% en 1995 en las áreas urbanas con al menos 100 000 habitantes. No obstante, se aprecia claramente un cambio en la orientación de los flujos migratorios hacia las ciudades pequeñas, ya que las proporciones de inmigrantes (también con respecto al total de sus residentes de las mismas edades) se incrementaron, entre 1960 y 1995, de 12 a 25% en las localidades de 2 500 a 14 999 habitantes, y de 23 a 34% en las localidades de 15 000 a 99 999 habitantes.

Utilizando los datos censales sobre escolaridad de las personas con 25 a 54 años de edad, se observa que entre la po-

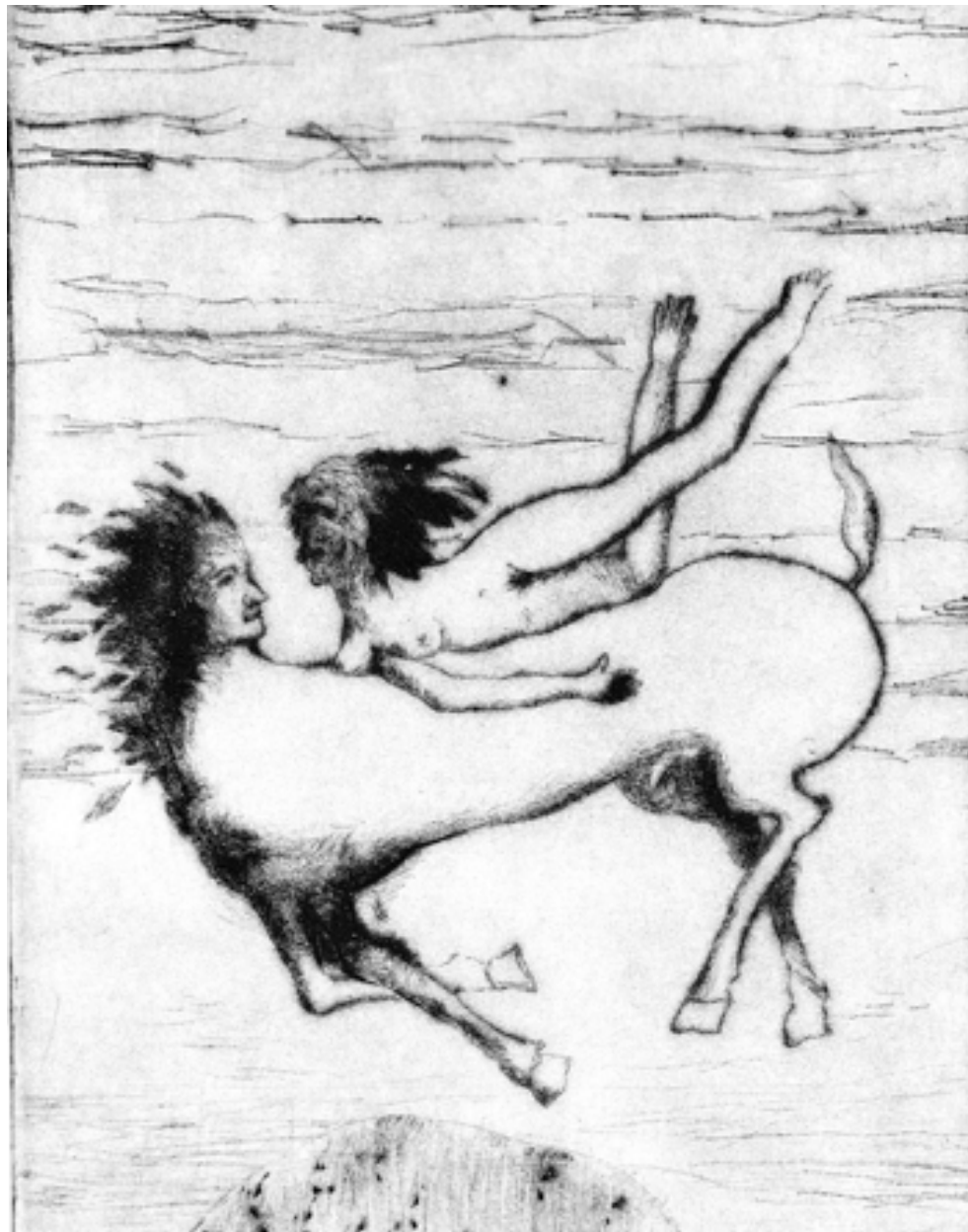
blación no migrante el porcentaje de individuos sin estudios pasó de 44% en 1960 a 11% en 1995, y entre los migrantes este indicador disminuyó de 25.3 a 6.4% durante este intervalo; asimismo, el número promedio de años de estudio cursados y aprobados (excluyendo a personas sin estudios) aumentó su valor en ambos grupos poblacionales, de 4 años en 1960 a 8.1 años en 1995 entre los que no cambiaron entidad de residencia, y entre los migrantes, de 5.2 años en 1960 a 9 años de escuela en 1995. Tales cifras ponen de relieve tanto el importante avance general del país en este aspecto, como la superior preparación de los migrantes a lo largo del periodo 1960-95.

La creciente participación de los mexicanos en actividades de mercado, la urbanización y la incorporación creciente de las mujeres al trabajo remunerado, se manifiestan en la cada vez mayor proporción de personas (de 25 a 54 años de edad) que reciben ingresos (44% en 1960 y 65% en 1995). Este comportamiento lo siguieron tanto los migrantes como la población no migrante, con cifras muy semejantes entre los hombres (al punto de que en 1995 la proporción de varones de uno y otro grupo que sí recibió ingresos alcanzó cerca del 90%), y con una presencia femenina en labores remuneradas más acentuada entre las migrantes (alrededor de 45% en 1995, frente a un 40% entre las mujeres no migrantes). A diferencia de esto y considerando sólo a quienes tuvieron alguna remuneración (de 25 a 54 años de edad), el ingreso mensual promedio sí resulta distinto según la condición migratoria: en 1960 y en 1995 los migrantes tuvieron percepciones monetarias superiores, alrededor de 135 y 139% de lo que ganaron en promedio los no migrantes (\$ 906 y \$ 1 950 como promedio de los migrantes en 1960 y 1995, frente a \$ 652 y \$ 1 440 de la población no migrante). El ingreso más elevado entre los migrantes parece corresponder a la mayor escolaridad de esta población.

Para terminar con esta exposición de algunas características de los migrantes en los últimos decenios, debe recordarse que para cada entidad federativa se forman tres grupos poblacionales acerca del fenómeno de la migración interestatal: los que nunca han cambiado de estado de residencia (no migrantes), los inmigrantes y los emigrantes. Al revisar la escolaridad e ingreso promedios de estos tres

conjuntos de personas (de 25 a 54 años de edad) para cada una de las entidades, se aprecia que en 29 de las 32 entidades la población no migrante tiene menos años de estudio y percibe cantidades inferiores de dinero que los inmigrantes y que los emigrantes. Esta situación ocurre de igual forma en 1960 y en 1995, e indica que un sector de las personas más capacitadas buscan satisfacer sus necesidades o aspiraciones en lugares diferentes de los que les brindaron la oportunidad de formarse, y que en los sitios adonde llegan a radicar encuentran mayores oportunidades y logran obtener mejores percepciones. Es decir, que la migración es un mecanismo individual eficiente para lograr ingresos acordes a la educación formal recibida. Baja California, el Distrito Federal y Nuevo León son las tres entidades donde sucede que en ambos años de referencia los no migrantes superan en escolaridad e ingresos a quienes llegan a vivir de otras partes, y a quienes se desplazan para domiciliarse en otros sitios. En estos casos, parece que la diversidad económica, el grado de urbanización alcanzado y el acelerado crecimiento del sector informal permite generar trabajos que requieren poca calificación, aunque ofreciendo bajas remuneraciones. En relación con la emigración de estas tres entidades, debe anotarse que si bien su población no migrante supera en educación formal e ingresos a sus emigrantes, estos últimos tienen más años de estudio y reciben mejores salarios que la población de los lugares adonde llegan a residir, con lo cual la migración, en forma similar al caso de los otros 29 estados, juega el papel de reubicar a la gente en los sitios donde encuentra mejores condiciones para competir y realizar sus aspiraciones personales.

Otro aspecto de esta preparación desigual e ingresos entre la población no migrante y los migrantes, radica en que las áreas con más emigrantes que inmigrantes no sólo pierden en cantidad, sino también en calidad, porque la salida de personas con mejor educación que la media local no es compensada por la llegada de individuos con esos niveles de escolaridad. Lo contrario ocurre en zonas de atracción, donde los inmigrantes forman un grupo más cuantioso que el conjunto de emigrantes, y donde el excedente de personas implica el arribo de mano de obra más calificada que el promedio de los no migrantes. Así, los estados con sal-



dos migratorios negativos durante el periodo 1960-95, que son en general los estados de mayor atraso económico (como Tlaxcala, Oaxaca, Zacatecas y Durango), pierden habitantes relativamente más calificados y pierden la inversión monetaria realizada en su educación formal; en cambio, las entidades con saldos migratorios positivos, casi siempre las áreas de mayor desarrollo (como Baja California, el Distrito Federal, Sonora y Nuevo León) tienen una doble ganancia, la incorporación de personas con escolaridad relativamente elevada y el ahorro de su formación.

De esta forma, los datos aquí expuestos permiten concluir que, en las últimas décadas, la importancia de los rasgos de las migraciones interestatales no

sólo radica en su magnitud, en su incremento numérico y en la mayor heterogeneidad de los orígenes y los destinos, sino que al tener los migrantes una mayor educación formal y obtener un ingreso superior al de la población no migrante, el fenómeno parece ser un proceso de recomposición espacial de la fuerza de trabajo, que ajusta en cierta medida las desigualdades espaciales entre educación y salarios, lo que en general ayuda al cumplimiento de las aspiraciones personales, pero también contribuye, posiblemente, a acentuar las disparidades regionales mediante el financiamiento de la formación y el traslado de mano de obra relativamente más calificada de áreas con mayor atraso económico hacia zonas más desarrolladas. **Demos**